

## RESUMEN

Desde sus primeros cuentos hasta sus últimas novelas, Juan Eslava ha tomado a Jaén como espacio o paisaje principal de su inspiración literaria. En este artículo se realiza un breve recorrido a través de su producción narrativa examinando las múltiples visiones que a lo largo de más de treinta años el escritor ha forjado de la ciudad de Jaén, de sus pueblos y de sus gentes. Manteniendo siempre un tono orgulloso, reivindicativo y nostálgico de su tierra, en su obra se percibe una evolución en el tratamiento temático de Jaén: en una primera etapa, la capital de provincia y algunos de sus pueblos sirven de soporte a relatos de crítica social y política para pasar, en una segunda época, tras el éxito rotundo de *En busca del unicornio*, a ser el marco contextual donde se desarrollan episodios históricos y legendarios.

## Résumé

Depuis ses premiers contes jusqu'à ses derniers romans, Juan Eslava a envisagé Jaén comme espace ou paysage essentiel de son inspiration littéraire.

Dans cet article on réalise un bref parcours à travers sa production narrative en envisageant les visions multiples que l'auteur, tout au long de

## Summary

From his early stories to his latest novels, Juan Eslava has chosen Jaén as the main background of his literary inspiration.

This article is a brief look through his work of fiction; it deals with the numerous approaches to the city of Jaén, its villages and its people recorded over more than thirty years.

plus de 30 ans, a forgé de la ville de Jaén, de ses villages et de ses gens. On aperçoit une évolution dans la manière de traiter Jaén en maintenant toujours un ton fier, revendicatif et nostalgique de sa région: dans une première étape la capitale du département et quelques villages restent comme appui à des récits de critique sociale et politique por devenir, dans une deuxième étape, le cadre contextuel où se déroulent des épisodes historiques de légende, surtout après le succès retentissant de *En busca del unicornio*.

His work shows the evolution in his dealing with the topic of Jaén, always under a feeling of proudness, protest and nostalgia for his motherland: on his first stage, Jaén itself and some villages provide the reference to stories of social and political criticism; on a second stage, after the great success of *En busca del unicornio*, Jaén becomes the context where historical and legendary episodes develop.

**E**L nombre y los apellidos de Juan Eslava Galán, desde que obtuviera el premio Planeta en 1987 con la obra *En busca del unicornio*, está abriéndose un hueco importante en el mundillo literario español y por ende en las listas nacionales de ventas.

El libro citado, unido al prestigioso premio, supuso para el escritor esa gran oportunidad, deseada por todo artista, para darse a conocer en todos los medios informativos del país y para proyectarse incluso internacionalmente. Aquella brecha exitosa que sorpresivamente, tanto para él como para el público en general, se abriera en 1987, donde merece especial reconocimiento la apuesta valiente que la Editorial Planeta, a veces tachada de mercantilista, hiciera por aquel autor entonces desconocido, no fue desaprovechada por Eslava. Nuestro conciudadano, tan orgulloso siempre de serlo, tan militante en lo personal como en el terreno de lo puramente literario e histórico, se lanzó a una tarea creativa tan incesante y múltiple que casi produce vértigo dar cuenta del gran número de títulos —más de cuarenta— que a partir de entonces se publicaron. No cabe duda que no desaprovechó su oportunidad; antes bien, su crecimiento como escritor ha sido tan grande desde

aquel año que hoy por hoy *En busca del unicornio*, siendo una obra meritoria, puede ser considerada como una obra anticipadora o precursora de una excelente producción novelística que en 1998 culmina con una poderosa obra de madurez como es *Señorita*.

De esos más de cuarenta títulos, muchos son trabajos de divulgación o investigación histórica que en ocasiones, transversalmente, pueden tocar el tema de Jaén, pero en líneas generales se puede afirmar que el radio de acción de estos trabajos históricos es mucho mayor que el que abarca en sus novelas. Es lógico que así sea porque si la universalidad de cualquier escritor, como es el caso de Eslava, esto es, en el terreno de lo estrictamente literario, puede desarrollarse perfectamente en un ámbito pequeño y concreto como es Jaén o Sevilla —el otro gran lugar o «espacio» de inspiración—, la universalidad de un investigador histórico diverso y prolífico como es él necesita espacios más amplios para desarrollar sus inquietudes, aunque en ningún caso menosprecie el interés de ciertos temas locales; ahí están, por ejemplo, obras tan rigurosas como *Castillos y atalayas del Reino de Jaén*, 1989; *La leyenda del lagarto de la Malena y los mitos del dragón*, 1991, o la incursión en lo esotérico-histórico que realiza en *El enigma de la Mesa de Salomón*, 1987, por citar sólo algunas de ellas.

Pero el tema propuesto en el título nos obliga a marginar esta interesante faceta de Eslava para centrarnos en su producción literaria, no sin antes mencionar la enorme interrelación existente que en esta última se detecta de la primera, no sólo porque la mayoría de sus novelas sean históricas, sino porque muchos de los temas, episodios, personajes, etc., estudiados por el autor son luego traídos a colación, con diferente relevancia, en sus obras literarias.

Cierto día un querido amigo me preguntó sobre la incidencia de Jaén en la obra de Juan Eslava. En contra de lo que pudiera pensarse, mi reacción estuvo más teñida de vacilación que de convicción y finalmente me incliné por darle una respuesta tan vaga como fundamentalmente cierta: «pero —le dije— si Jaén es todo en la prosa de Eslava». Evidentemente era una exageración, pero no tanto como pudiera pensarse. Aunque a continuación pude abundar un tanto en el tema planteado, la presencia cercana de otros amigos que con nosotros estaban en la misma barra del «Gorrion», hizo derivar la conversación hacia otros asuntos un tanto más frívolos, incluso voluptuosos. Con el presente trabajo espero darle satisfacción a este amigo a la vez que

aportar ciertos datos de interés al público en general y a los giennenses en particular.

Aunque nuestro escritor ha confeccionado, en su segunda época, novelas cuya acción principal transcurre en lugares muy alejados de Jaén, como África o la Roma republicana o imperial, o en lugares muy cercanos y asimismo queridos por él, como Arjona o Sevilla, lo que siempre ha llevado consigo de manera indefectible ha sido el léxico y el habla giennenses. Expresiones populares, sentencias, nombres de cosas, perífrasis de claro sabor giennense, con el peculiar sentido del mundo que ellas engloban, son localizables ampliamente en el conjunto de su prosa literaria que, dicho sea de paso, personalmente me parece una prosa perfecta formalmente hablando, una prosa de escritor muy fajado y muy curtido con el tiempo y con el texto. Eslava no ha renunciado nunca a su acervo lingüístico giennense, no ha mostrado a lo largo de su trayectoria ningún complejo de inferioridad con respecto al castellano estándar que desde nuestros primeros pasos escolares se nos impone como norma, es más, consciente a mi parecer del valor de su propio léxico así como de su necesidad de recuperación o de rescate del olvido, Eslava ha mostrado desde sus escritos de los veinte años —edad en la que tal vez se hubiera podido mostrar más titubeante— un apego fiel a su manera de hablar y expresarse. Me parece esto algo muy digno de resaltar por lo que significa de valentía y de compromiso en nuestro autor, que al fin y al cabo es un trabajador de la palabra y por medio de ella se da a conocer, por el aprecio literario que él hace de lo despreciado o marginado y por la gallardía, en fin, con que lleva el nombre de su tierra en su lenguaje. En verdad, y esto es algo que he podido comentar con muchos de los lectores de Eslava, produce auténtica satisfacción para personas como nosotros, los giennenses, un tanto perdidos en la vorágine cultural proveniente de la grandes ciudades y, sobre todo, absorbidos por ella, el encontrar en sus novelas, que sabemos de amplia difusión nacional, expresiones de clara índole giennense imbricadas perfectamente en una brillante e incontestable prosa textual.

De la misma manera que con la lengua, Juan Eslava se comporta con el paisaje: sin complejos y con rotunda delectación. Recientemente una periodista le preguntaba si no consideraba un tanto sosa la ciudad de Jaén como para ambientar aquí sus relatos, o lo que es lo mismo, poco literaria, poco atractiva para el lector. Él vino a alegar, en un ejercicio de humildad y a la vez de autoafirmación, que no existían lugares mejores ni peores y

por lo tanto él prefería escribir de lo que sabía y de lo que había vivido más que inventarse otros lugares más adecuados o, parafraseando una expresión actual, más literariamente correctos. Esta misma impresión la hacía extensiva a la Sevilla donde actualmente reside y donde también transcurren varias de sus novelas. Su elección no era por su innegable mayor peso literario, sino porque Sevilla, al igual que Jaén, formaba parte ya de su experiencia, de su memoria, de su vida.

En realidad, hemos de decir que Juan Eslava no es un escritor que se demore demasiado en la descripción de una naturaleza determinada ya sea urbana o rural. Juan Eslava es, ante todo, narrador de episodios humanos, observándolos casi siempre con un sentido del humor muy personal que ora se tiñe de ironía, ora se unta de la socarronería más campechana. El paisaje, como digo, aparece en un segundo lugar en su prosa, como sustento indispensable de cualquier relato, pero lo que nadie podrá negar es que este paisaje, cuando surge, está extraído en numerosísimas ocasiones de nuestro querido Jaén. Más adelante haremos menciones más detalladas pero a lo largo de sus narraciones el lector jaenense tiene el placer de ver desfilar ante sus ojos innumerables calles del Jaén antiguo como la calle Maestra, las calles Ancha y Llana, la calle Campanas o el Pósito, plazas como la de San Francisco o de Coca de la Piñera, barrios como la Alcantarilla o la Magdalena, edificios antiguos como el castillo de Santa Catalina, la Catedral o el palacio de los Páez, así como múltiples referencias a la geografía física de Jaén: Jabalcuz, La Pandera, el Zumel, las Peñas de Castro y tantos otros. Todo ello se enhebra con nombres de establecimientos comerciales antiguos, unos todavía en pie, como Furnieles, y otros desaparecidos como la mercería de Durán o Tejidos Gangas, con tabernas como La Manchega y el Gorrión, que en ocasiones son reprendidas severamente pero en las que se esconde, advina el lector, una parte de la nostalgia de Eslava y con personajes que algunas veces forman parte de la historia y de la mítica de una ciudad y que otras están extraídos sin lugar a dudas de la realidad vivida por él tales como el mendigo Pepe el Largo, de *Catedral*, el desmañado Pepe el Calvo, el desafortunado Vicentito de *Tu magistral amor* o el siempre misterioso Manolo Osoro, personaje recurrente a lo largo de su narrativa, pues nos lo encontramos tanto en el cuento «El ilustrísimo señor y la mollar francesa» de 1980, como en casi toda su narrativa actual desempeñando siempre papeles perversos u oscuros. A veces he imaginado que Juan Eslava, tan aficionado al esoterismo así como a desvelar sus mentiras, ha creado en este nombre una especie de fórmula cabalística donde se resume el origen de la mezquindad

y ruindad humanas. Pero, en fin, dejemos esta pequeña curiosidad y sirvámonos de ella a su vez para entroncar nuevamente con nuestra exposición. Como decimos, encontramos en sus textos nombres de calles y plazas jienenses unidos a nombres de personas y cosas, espacios tan inmensos que a veces abarcan todo el horizonte como La Pandera y Jabalcuz al lado de pequeñas tiendas como el bazar de Duro, donde él compraba indios y cow-boys de plástico a perra gorda o el ya desaparecido quiosco de la Plaza de Santa María, abastecimiento de las chucherías de su niñez; también edificios mágicos y sagrados, más por el significado personal que ostentan en su memoria que por su esencia, como la Catedral junto a queridas tabernas de tapeo y tertulia como el Montana, la Manchega o Los Manueles. Todo ello, unido a un lenguaje popular y castizo, cuidado y culto, consigue crear algo distinto a lo que entendemos por paisaje, esto es, el ambiente, esa atmósfera que dota de espíritu a una narración, ese vago sustento de las sensaciones de los personajes que pululan en la obra y del lector que se acerca a la misma. Este ambiente, cuando el argumento se desarrolla en Jaén, es, parece una obviedad pero además es un logro, incuestionablemente jienense y a su realce no sólo contribuyen las rápidas y magistrales pinceladas de nuestro escritor, sino también su valoración personal, sus comentarios unas veces críticos y otras poéticos, agrios o evocativos, tristes o alegres, acerca de los sucesos, personajes o de los paisajes y su siempre preocupante transformación. Esta trabazón de sentimientos opuestos no puede significar otra cosa a los ojos del atento observador que un signo evidente del inmenso amor que Juan Eslava siente por esta ciudad de Jaén y del apego irrenunciable que su memoria mantiene hacia ella.

Pero no nos conformemos con estas notas generales, pasemos a continuación a escrutar con un poco de más detenimiento cuáles son los distintos tipos de Jaén que Juan Eslava nos muestra a lo largo de sus obras narrativas. Por supuesto que Jaén revisitará formas diversas o, por llamarlo de alguna manera, ángulos de percepción distintos en función de la posición literaria que en esos momentos detente el autor. En lo que yo denomino «posición literaria» confluyen una multiplicidad de aspectos heterogéneos de difícil precisión que serán los que nos irán mostrando, en un continuo clarooscuro, la compleja personalidad del escritor. Son aspectos como la concepción política de la sociedad, la concepción filosófica del mundo, las angustias personales, la ética, el estilo elegido, tiempos y espacios, personajes, ensañaciones y evocaciones, etc.

Pues bien, para comenzar este somero análisis partamos de la fecha que previamente cité en lo que pretendía ser una pequeña introducción a este trabajo: 1987, año en que *En busca del unicornio* gana el premio Planeta. Es ésta una novela histórica que adopta la lengua del siglo XV como lengua textual. El acierto estilístico, aparte del esfuerzo que ello supone, es innegable y a partir de este momento se desarrollará con esas mimbres —historia y estilo, conjuntamente— toda una línea creativa de enorme éxito. *En busca del unicornio* será, pues, sin lugar a dudas, el punto de inflexión en la narrativa de Eslava, el antes y el después, el que lo despojará del anonimato y el que le descubrirá la puerta de la fama, tenazmente sostenida, como se dijo anteriormente, a lo largo de más de un decenio. Aparte de las fluctuaciones en el destino del escritor, su Jaén, nuestro Jaén, discurrirá con placidez por su caudal narrativo siendo siempre reconocible por el lector dentro de las distintas figuraciones en que su hacedor literario lo concibe.

El antes en la prosa de Juan Eslava está conformado por dos colecciones de cuentos tituladas *El mercedes del Obispo y otros relatos edificantes* y *Cuentos crueles* y por su primera novela, *Tu magistral amor*. Relatos, en general, de corte social en los que el autor critica tanto a individuos como a colectivos. La ignorancia y la incultura, la brutalidad unida en ocasiones a la ingenuidad o la hipocresía y el cinismo generan situaciones humorísticas llenas de ironía y mordacidad. Humor un tanto quevediano que escoge como punto de mira a personajes grises y desconocidos del Jaén de los años 60 y 70.

En *El mercedes del obispo y otros relatos edificantes*, nuestro escritor capta el ambiente urbano de un Jaén con mentalidad provinciana, beato y reprimido, aburrido y gris, indolente pero a la vez feroz: es el Jaén de su adolescencia. Notas anticlericales y antifranquistas brotan aquí y allá en los distintos relatos. En estos relatos se narra, por ejemplo, el escándalo que produjo en la sociedad giennense la primera minifalda de la «Niña pun», chica que por supuesto quedó al final para vestir santos o la huera polémica establecida entre unos intelectuales de mesa camilla ante una misteriosa inscripción hallada en la Magdalena: «Kapánkala». Atribuida a la dominación musulmana, por el «alá» final, se llegan a establecer dos bandos rivales que lidian afanosamente en el periódico local por el triunfo de sus respectivas tesis. Al final un viejo parroquiano le dará la solución al líder de uno de los bandos en litigio, Don Lorenzo Ovejero Mula —vaya nombre de intelectual—: en realidad se trataba de un tosco y antiguo letrado que su amigo Onofre había

puesto a la entrada de su tienda que quería decir «cal para encalar». En «La primera comunión» Eslava nos cuenta la superfluidad de la celebración de este rito religioso, sus altas dosis de apariencia y banalidad, unidos al anatemático del sacrilegio que todos los niños de una generación hemos sufrido como lo sufrió el Vicentito del cuento tras robar unas apetecibles brevas para merendárselas en un momento de debilidad. La vanidad y la envidia de los seres humanos, su intolerancia y su ridiculez, están tratadas en «El ilustrísimo señor y la mollar francesa» donde aparece el tal Osoro mencionado acosando sexualmente a una señorita francesa. En «Un terremoto», el alcalde de un pueblo recibe un telegrama del Gobierno Civil de Jaén donde se le avisa que tome las medidas preventivas necesarias ante un movimiento sísmico que tiene el epicentro en su localidad. Al cabo del tiempo, la contestación del alcalde habla por sí sola de los dirigentes franquistas:

«..., Epicentro ha sido detenido. Al segundo día de hábil interrogatorio en las dependencias de este ayuntamiento confesó por fin que, efectivamente, se llamaba Epicentro, ya que al principio de su detención había sostenido llamarse Agapito Bermejo y ser viajante de comercio, ramo lencería fina. El movimiento sísmico ha sido abortado (habían tachado «malparido»). El único movimiento restante en este pueblo es el Glorioso Movimiento Nacional. No he podido informar antes de este servicio porque ha habido un terremoto del carajo que tiró los cables del telégrafo y cortó la carretera».

Haré, finalmente, mención al cuento que encabeza el título de este libro: «El Mercedes del Obispo». A unas monjitas de Albánchez del Segura se les derrumba la tapia del convento y parten hacia Jaén en busca de la ayuda del Sr. Gobernador Civil. Resulta, sin embargo, que este señor es un hombre prepotente y soberbio que alega no disponer de ni un duro y las despacha rápidamente mandándolas al obispo de la diócesis para que les dé el dinero, o si no, les comenta maliciosamente, que éste venda su mercedes para subvenir los gastos del convento. Se ve que este gobernador civil eran de los que rápidamente despachaban a la gente, porque con anterioridad a las monjitas está mandando para Alemania a unos pobres jornaleros que le piden obras para poder trabajar. Toda una estampa de época. Pues bien, el obispo vende el mercedes y les manda a las monjitas el dinero correspondiente. Sucede, no obstante, un acontecimiento con el que no había contado el gobernador: Franco acude a Jaén a inaugurar el parador nacional. La sensibilidad artística del régimen es recogida sucintamente en el texto: «La antigua alcazaba musulmana de Jaén había sido demolida para construir en su lugar

un lujoso parador nacional de turismo». Tras la inauguración, el Caudillo partiría con rapidez hacia Sierra Morena donde pasaría «unos días de profunda reflexión sobre los problemas que el engrandecimiento de la Patria le planteaba, aunque –servidumbres del poder– exteriormente diese la impresión tranquilizadora de que sólo iba a dedicarse a las actividades cinegéticas». El Caudillo estaba impaciente por terminar el acto y marcharse de caza, pero el obispo, que necesariamente debía estar presente, no llegaba. Pasaron diez minutos de la hora convenida y Franco comenzó a cubrarse. En esto aparece el señor obispo en un «destartulado taxi» y descendiendo ante la tribuna de autoridades. Su excusa es peor que una puñalada para el gobernador civil:

«—Su Excelencia sabrá excusar mi retraso, pero es que como el señor gobernador aquí presente me obligó a vender el coche no he podido encontrar un taxi libre hasta ahora».

A continuación escribe Eslava:

«El señor gobernador regresó a su palacio y tuvo que meterse en la cama y tomar tacitas de caldo porque tenía los nervios hechos polvo y hasta le había subido la fiebre. Unos días después, fue cesado en su cargo y sustituido por otro gobernador también gallego».

Los *Cuentos crueles* son de la misma época que los anteriores pero en ellos cambia la temática central: el escritor dirige ahora su mirada hacia el mundo rural giennense y de él intenta extraer la particular idiosincrasia de una tierra embrutecida por la incultura y el subdesarrollo. Más que crueles son cuentos crudos, en cuanto que en ellos se muestra, si en el menor tinte bucólico, la crudeza de la vida y la mentalidad agrarias, mentalidad de la cual en cierto modo todos nosotros participamos si tenemos en cuenta la sentencia popular de que «Jaén es tierra de olivar».

Sin duda, el más cruel de estos cuentos, es «Ulises». En él se nos muestra la xenofobia o, para ser más exactos, el rechazo a lo extraño, reinante en los rudos pueblos giennenses de los 60. Un niño acaba de llegar a un pueblo con su familia y sin otra intención que buscar amigos se ve envuelto en una extraña y feroz persecución por niños y mayores que llega a revestir tintes trágicos. En «La muerte de la abuela» Eslava hace un recorrido por la cotidianidad de la vida de los pueblos: los viejos al sol de las plazas, el cruel juego de la tableta con los sapos, la cultura del olivar, el ga-

nado cruzando por medio de las calles, la presión social hacia las mujeres, las perversiones de las clases terratenientes o adineradas, etc.

A mi parecer, el relato más conseguido de esta serie es «El espía», por cuanto contiene de trágico, de cómico y de crítico. Son los años 40 con Europa en plena guerra mundial. El alcalde del pueblo es un cacique patán que, leyendo las noticias del *ABC* sobre la contienda, ve pasar desde la puerta de su casa los jornaleros hacia el campo. De pronto salta la sorpresa en el pueblo: un forastero está retratando la iglesia. Se trata de un señorito de la capital que está realizando un trabajo histórico sobre monumentos de la provincia. Pero el perspicaz alcalde, cegado por su germanofilia, lo confunde con un espía inglés, cosa que corrobora la etiqueta inglesa de su gorra de importación. Rápidamente lo manda detener por el alguacil y en el interrogatorio somete a Don Facundo a los atropellos que le viene en gana. Ante las protestas del señorito, que se dice giennense y poseedor de fincas de olivos, el alcalde lo somete a lo que él supone una prueba esclarecedora: la de reconocer las piezas del arado. Pero resulta que el señorito no sabe cuáles son esas piezas, bueno, solamente reconoce la reja, pero es que eso es muy fácil, le dice el sagaz alcalde, y cualquiera lo hubiera reconocido. Al final se resuelve el incidente y Don Facundo regresará a Jaén como gato escaldado. Lo trágico y lo cómico están claramente explicitados. La nota crítica surge en dos direcciones: la primera, la ignorancia del señorito sobre los útiles del campo, que es al fin y al cabo de donde proviene su riqueza; la segunda, la agresión que sufre por alguien de su propio partido, defensor en teoría de sus mismos intereses. En realidad es la agresión de la ignorancia y la brutalidad que ellos mismos fomentan como signo del poder.

Particularmente fructífero fue el año 1969, que vio también surgir la primera novela de Juan Eslava: *Tu magistral amor*, título bastante irónico si tenemos en cuenta que en esta obra se nos narra la horrible pedagogía utilizada por los maestros de los años 50. Es una novela picaresca de inspiración quevediana. Los lugares nombrados en la narración son ficticios, pero el ambiente es invariablemente giennense, aplicable tanto a los pueblos por los que pasa el protagonista como a la capital a la que al fin se traslada con su familia. Vicentito González, que así se llama el personaje, va pasando sucesivamente por distintos tipos de enseñanza a cada cual más patética: desde un colegio de religiosas, especialmente refinadas en su crueldad, del que sale sin ni siquiera haber aprendido el padrenuestro, hasta un colegio público donde la memorieta y el adoctrinamiento de los principios del movimiento formaban

parte fundamental de la enseñanza de un brutal don Lozano. La última parte estará dedicada a los internados, colegios que se asimilan al infierno por las pésimas condiciones de vida de los internos y por los continuos abusos de sus regentes: los hermanos curas. Como es natural, Vicentito González se convertirá en un refractario crónico a los estudios y terminará como dependiente en un supermercado. Ya se puede considerar un logro, bastante mérito tuvo el pobre con salir con vida de aquellos antros.

Pasemos a continuación a lo que podemos denominar la segunda etapa literaria de Juan Eslava. Con alguna excepción, toda su prosa será o bien histórica o bien afín a la historia. Jaén seguirá presente en sus escritos, pero ahora se trata de un Jaén recreado imaginativamente desde su conocimiento histórico o desde su evocación poética. Su posición literaria varía sustancialmente en cuanto al estilo y los personajes elegidos y también en cuanto a la crítica social, la cual pierde sentido si nos retrotraemos a tipos de sociedades ya superadas con el tiempo.

La famosa novela *En busca del unicornio* narra las peripecias de Juan de Olid, escudero del Condestable Miguel Lucas de Iranzo, por el África negra tras un cuerno de rinoceronte, remedio con el que se intenta curar la impotencia del rey Enrique IV de Castilla. El pequeño Jaén de finales de la Edad Media, abigarrado en torno a la Catedral, nos es mostrado a través de los ojos de Juan de Olid, en prosa de la época:

«...y, en subiendo por el lugar de la Carrera, entramos en la ciudad por las puertas de Santa María, cabe a la iglesia Mayor, y luego de seguir la calle de las Campanas, torcimos a diestra y tomamos la rúa Maestra y la gente se había asomado a las ventanas y subido a los tejados y azoteas y todos saludaban con pañizuelos y daban vivas,....».

Es un Jaén fronterizo con el reino de Granada gobernado por el Condestable Iranzo, personaje al que, en su alabanza, Juan Eslava permanece siempre fiel a lo largo de sus obras y al que le otorga una gran valía histórica. Se puede decir, sin riesgo a confusión, que será la misma *Crónica del Condestable Iranzo* con su forma de narración medieval la que inspire la prosa medievalizante que con indudable éxito Eslava ensaya en su libro. Por otra parte, también se debe apuntar la presencia en *En busca del unicornio* de algunos de los pueblos vecinos de Jaén, muy unidos sentimentalmente al autor como «la Fuente del Rey», Arjona, Higuera de Arjona, «que es de los calatravos», Andújar o Marmolejo, mencionados antes de que Juan de

Olid se pierda con su destacamento de Ballesteros camino tanto de la exótica África como de su desgracia personal.

*Guadalquivir* inaugura una línea de intriga en la novela de Eslava. Narra también la vida de otro perdedor, pero esta vez de origen árabe: Selim Nasr, quien de pronto se ve en el vértice de una misteriosa trama dirigida a encontrar la mesa de Salomón. Nos hallamos en el Jaén musulmán de principios del siglo XIII: casas encaladas con sugerentes jardines, fuentes y baños unidos a la cultura árabe del agua, alminares desde cuya altura el muecín convoca a los fieles:

«Desde lejos, la ciudad es como una bandada de palomas blancas que se hubiesen posado en las calvicies recién sembradas de una loma negra, acariciada por el sol. Azoteas pobladas de tiestos multicolores, fuentes soñolientas y blancos toldos. Umbríos jardines, huertos cerrados que prometen presencias femeninas, torres palaciegas, domos de baños, cóncavos y estrellados como la bóveda nocturna. Esbeltos alminares, cuyos azulejos dorados compiten en brillo».

La ajetreada vida de Selim y su destino de perdedor coincide con el que la historia le tiene deparado a Al-Andalus y por extensión a «la perla del Islam», su Jaén natal. La batalla de las Navas de Tolosa en 1212, a la que asiste Selim, significa el derrumbe de la dominación almohade en Al-Andalus, la aparición de distintas taifas que lidian por el poder político y territorial y, en definitiva, el debilitamiento militar musulmán. Culminará este proceso en la figura de Fernando III el Santo, que en varias empresas irá conquistando progresivamente todas las tierras musulmanas hasta dejarlas restringidas al reino de Granada. En las páginas finales de *Guadalquivir* se nos narrará el asedio y prendimiento por los castellanos de la alcazaba musulmana de Jaén y la triste salida de sus ocupantes derrotados hacia el reino de Granada donde Alhamar fundará la dinastía nazarí.

El argumento intrigante de *Guadalquivir* es muy débil, a mi juicio —y si se me permite el juego de palabras— sólo un pretexto para contar el contexto. Será en *La lápida templaria* cuando la búsqueda de la mesa de Salomón cobre auténtico peso argumental. Coincide además con un buen dominio de la técnica de intriga que llega a conseguir pasajes bastante meritorios. Aunque el autor nos lleva a los lugares más recónditos del mundo, la trama central se desarrolla en Jaén y en decenas de pueblos de su alrededor. En homenaje a Arpona, el autor ubicará en las escaleras de su ayuntamiento la ansiada lápida templaria, aquélla que oculta los secretos de Dios.

La narración transcurre en 1994, y Juan Eslava, nada dado a anquilosarse, hace ahora aparecer, junto a las calles del Jaén antiguo y sus tabernas y bares recurrentes como el Montana, el Gorrión o el Manila, otras calles del Jaén nuevo como el Paseo de la Estación o el Gran Eje y otros establecimientos carismáticos como el Mesón Piedra, Los Pitufos o Casa Vicente, el cine Cervantes o el hotel Xauén. Tal vez porque llevaba tiempo sin hacer prosa sobre este Jaén moderno, Eslava se muestra bastante beligerante en relación a las transformaciones del paisaje de su ciudad y también más pesimista. Y es que, en verdad, las ciudades modernas tienen una tendencia a la fealdad bastante preocupante. Hace poco un importante urbanista decía que en las ciudades se lidiaba una continua guerra civil entre dos bandos: los que las habitamos y los que las construyen. Esa desazón es la que experimenta el protagonista Pío Expósito cuando pasea por el camino del Portón de los Leones, a la salida de la Alcantarilla:

«El resto del camino fue una continuada decepción. Las hermosas vistas de la ciudad desde aquel lado, con la cadena de los cerros Zumeles, la catedral y el cerro del castillo, habían sido mancilladas por las urbanizaciones de asfalto y cemento».

Más adelante, el paisaje urbano tampoco se libra de su admonición:

«Por vez primera desde su regreso, se percató de los profundos cambios que se habían operado en el aspecto externo de la ciudad en los últimos veinte años. Los antiguos comercios, con nombres tradicionales como la Regeneración, La Pilarica, Almacenes la Unión, Manuel Rubio, La Verdadera, Hogar y Confort, Tejidos Gangas, Ultramarinos El Siglo, habían desaparecido en su mayoría. Por todas partes habían surgido grandes escaparates, tiendas de moda, de discos, de electrodomésticos, discotecas, hamburgueserías, cafeterías. Altísimas fachadas grises de feos edificios de cemento o sucio ladrillo visto y cristal habían suplantado a las casas encajadas de los menestrales y a los palacetes de sillería, con grandes rejas y escudos nobiliarios sobre las amplias portaladas, de los propietarios agrícolas.

Quizá él pertenecía a otra época».

No nos cabe duda de que Pío Expósito habla por boca de Eslava. Han pasado sólo veinte años desde que él escribiera «El Mercedes del Obispo» y, sin embargo, su Jaén se ha transformado a una velocidad de vértigo, ese vértigo de desarraigo que todo mundo moderno habita en su interior. La melancolía por el pasado es inevitable cuando ese pasado no ha sido respetado.

No obstante, quedémosnos aquí, más que con el sentimiento, con el aviso implícito que desde estas líneas se hace a los urbanistas y arquitectos para que cuiden en sus proyectos el pasado histórico de sus ciudades, seguramente su fibra más sensible y sin lugar a dudas lo que las dota de más entrañable personalidad.

Pero si hay alguna obra, casi me atrevería a decir en la literatura moderna española, que con más fuerza refleje el anhelo de un hombre por una ciudad, la pasión de Eslava por Jaén, ésa es *Catedral*. Dedicada por entero a la capital de Jaén, se convierte en un homenaje profundo, sincero y sentido a esta ciudad. Homenaje y no apología, porque no se trata de una alabanza ardiente y externa sino de una íntima evocación de lo que ella representa en su recuerdo. Nuestra Catedral será adoptada por el escritor como signo visible del giennensismo, el lugar donde se atesora su esencia más pura. Como la esencia de las cosas está formada no sólo por lo que son, sino también por lo que han sido, su historia, por los corredores del templo sagrado van a desfilar decenas de personajes, unos más conocidos y otros menos, adscritos a la memoria de Jaén a la vez que esa memoria, como he comentado, se completa con la personal del autor, desde su niñez hasta su madurez.

Dentro de la atmósfera mágica de la Catedral todo vive y todo se expresa con la vehemencia de lo que ha sido rescatado del olvido en un momento de inspiración. Incluso Bafomet, la mona del callejón del mismo nombre o también Valparaíso, reivindica su auténtica identidad como símbolo templario del conocimiento, rechazando la de demonio que le ha adjudicado el pueblo. El fantasma del obispo insepulto, Don Alonso Suárez de la Fuente del Sauce, cavila amargamente sobre la fugacidad de la vida y de la fama con el Condestable don Miguel Lucas de Iranzo, cruelmente asesinado de un brutal golpe de ballesta en la cabeza que «le echó los sesos de fuera», «por defender a los judíos de las iras del populacho». Al lado del Condestable, su deseado amor, Doña Guiomar, tan cohibida por la religión, la cabeza cortada del padre de Santa Catalina que nos expone, esperando nuestra comprensión, que tampoco había derecho a que su hija le hiciera eso sólo por ser musulmán, el Cristo de la Buena Muerte que se queja de su eterna agonía, el Abuelo: «Abuelo cristo a pie, cristo tan humano, no el cristo a caballo de la cruz, cristo ecuestre alzado en tu suplicio más dios que hombre ya», los santos San Miguel, San Agustín, Santiago, San Gregorio o San Eufrasio, seres de piedra o de pincel. Por el mismo hilo narrativo van apareciendo muchos de los artistas que les dieron forma y, en cierto modo,

sentido y vida, empezando por el arquitecto Andrés de Vandelvira, siguiendo por Pedro López, maestro cantero, o por don Juan José Galíndez, que lo era de forja, o terminando con Gutierre Guierero, el huraño tallista del coro. Homero Akrites, el pintor bizantino del Santo Rostro, también goza de un lugar entre ellos. Pues bien, toda esta algarabía legendaria o histórica se irá trabando con el lento y anodino discurrir del Jaén de los años 50 y 60. En esa ola del tiempo aparece, alternativamente y con el desorden propio con que saltan los recuerdos, Juan Eslava, bien de niño observando la imponente mole de la Catedral desde su cuarto de estudio, siendo adoctrinado religiosamente en ella o jugando en la plaza de Santa María, al lado del quiosco o de la mercería de Duro, bien de adolescente, donde «...la Catedral –escribe– fue el refugio de mi angustiada juventud», transitando los bares y las calles del Jaén antiguo: «Yendo por el callejón de la Tortuga –escribe–, justamente al pasar por delante de la portada de piedra antigua del Hostal Suizo, mi estrábico amigo me habló de Borges. Por primera vez en mi vida alcancé ese nombre tan familiar ahora». El hombre maduro continuará fiel a la unión establecida con el sagrado edificio; al cabo de los años un archivero le pregunta qué hace él por la Catedral, la respuesta no puede ser más explicativa de lo que venimos comentando: «–¿Cómo que qué hago yo por aquí?... Yo como en mi casa. Vivo aquí...».

En la Catedral se aglutinan la magia y la poesía, el arte y la ciencia, lo humano y lo sobrenatural. Pasajes de gran belleza literaria, tal vez lo mejor de su escritura, nos hablan a lo largo del libro de la sublime atracción que ejerce hacia él:

«Me suspende y me detengo a mirarla con afición, aunque no sepa discernir en qué consiste la hermosura de sus partes. Cuando me veo dentro de este magnífico templo, y dirijo la vista hacia sus arcos y bóvedas sobre el aire, me pasmo y me admiro de ver el sosiego con que están debajo tantas gentes teniendo millones de arrobas de peso sobre sus cabezas. ¡Qué arte será éste que así enseña a voltear sobre sus columnas delgadas tantos ramos de piedra de mil piezas y labores sin que alguna se dialogue, ni separe de su lugar,...».

Pero si esta atracción se da con la Catedral, no lo es menos con la ciudad donde ella se ubica. Si la Catedral actúa como una especie de inmenso corazón que bombea el precioso líquido de la vida, tampoco es menos cierto que ese corazón necesita un organismo para subsistir: Jaén, la pequeña ciudad entre los olivos, servirá de soporte físico para que ese latido espiri-

tual se produzca. Igual sucederá con la obra de Juan Eslava: el humilde Jaén le servirá como material de fondo de su espíritu creativo. Porque no existe alma sin materia primera y porque esa materia ha de ser noble para crear algo bello, me parece conveniente acabar esta exposición con unos breves versos que, si Eslava los dedicó a la Catedral, yo creo que perfectamente se pueden hacer extensibles a la ciudad Jaén, por cuanto este lugar contiene de secreto, de seductor y de sensible:

«Arca dorada  
diapasón del mundo  
caja de resonancia del más delicado instrumento  
Armónica Montaña».